Diatriba contra el power point

César Hazaki

Apareció ya hace largo tiempo, medido en nanosegundos se podría decir que ya es prehistórico, pero no sólo no ha perdido vigencia sino que ha establecido una frontera, un mojón del que no se puede volver atrás al dar una clase o una conferencia. Estamos hablando del aparentemente auxiliar docente más usado como recurso, el llamado presuntuosamente power point Sin él prácticamente no existe el docente, es más hay universidades privadas argentinas que obligan su uso. Se podría decir que no hay clase que se precie sin un power point dando sostén a la misma. La clase se ha transformado así en power point y algo más, el docente se ha desvanecido detrás de la imagen y, lamentablemente, aquellos que hacen su tarea –no todos, ni la mayoría- en forma rutinaria –al modo de trabajo alienado, al decir de K. Marx- se han parapetado detrás del aparato que pasa una, tras otra, diapositivas.

Veamos algunos ejemplos, una conferencia: El disertante está al costado de una gran pantalla que copa el centro de la escena, suele estar detrás de un atril y con voz monótona lee lo que cada diapositiva dice. Se monta así un espectáculo docente anodino, pobre y despersonalizado. Pone mucha distancia entre el expositor y quienes fueron a escucharlo, que en definitiva miran solamente una pantalla (una más y van…).

El aparato de presuntuoso nombre (power point) gana la batalla y el expositor se convierte en un relator en off que espera a lo que acontece en la pantalla. De esta manera pierde el necesario contacto visual con sus alumnos. Su voz se vuelve anodina, sin pasión, lavada. Un locutor que no es precisamente un buen locutor. Las posibles transferencias que su presencia y decir podrían despertar en el alumnado se disuelven como tableta efervescente, en especial cuando queda a merced del operador de la computadora luego de un largo momento donde la diapositiva no aparece. Allí con voz desfalleciente dice: “La próxima por favor”. Conclusión: lo que proponía transmitir el docente se lavó y la mayoría de sus escuchas están mirando el celular o tentados de hacerlo. Pantalla con pantalla se paga.

Lavado y timorato, tratando de no parecerlo pero el público ya lo tiene catalogado así en tiempos de nanosegundo, el docente ha sido vencido, por no querer tomar riesgos terminó devorado por la pantalla gigante, el operador de la computadora y el power point.

El power point demuestra en éste caso su verdadera esencia: dominar la situación, humillar al hombre y proclamar –sin que nadie se de cuenta- que la computadora, como la HALL de 2001 Odisea del espacio de Stanley Kubrick, ha ganado la partida.

El enseñar para la emancipación es despertar curiosidad, entusiasmo, ganas de aprender, en definitiva promover la pulsión epistemofílica. Nada de eso ocurre cuando el power point gana la partida, en especial cuando el docente cae en la trampa tecnológica, cuando cree que la tecnología podría salvar los necesarios esfuerzos que debe realizar para transmitir conocimientos.